

TERRITORIO Y PROSPECCIÓN SOCIAL: UN APORTE PARA EL ANÁLISIS DE LA EVOLUCIÓN DE LA SOCIABILIDAD URBANA EN ARGENTINA

Daniel Piccinini*

Resumen

En este artículo se postula que la geografía posee una cierta capacidad para establecer marcos analíticos que sirven a la prospectiva en ciencias sociales. Para ello se acude a las posibilidades del análisis multiescalar como instrumento que, partiendo de los procesos territoriales estudiados a diferentes escalas, da cuenta también de los diferentes *tempos* que los afectan. Esas distintas temporalidades, al conjugarse en determinados espacios, ponen condiciones a los desarrollos futuros que son de interés para el análisis sociológico. Las actuales condiciones en que se desarrolla la sociedad urbana argentina son analizadas desde esta perspectiva.

Palabras clave: Análisis Multiescalar, Desconcentración Urbana, Tiempo y Espacio.

Recepción: 30 de marzo de 2006. Aceptación: 1 de septiembre de 2006.
* Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

TERRITORY AND SOCIAL PROSPECT: A CONTRIBUTION TO THE ANALYSIS OF URBAN SOCIABILITY EVOLUTION IN ARGENTINA

Abstract

This paper claims that geography bears a certain capacity to establish analytical frameworks useful for the social sciences. Thus, multi-layered analyses are used as an instrument which, from the starting point of territorial processes studied on different scales, also accounts for the various *tempos* that affect them. When all these temporalities are combined with certain spaces, they condition future developments which are interesting to the sociological analysis. The current conditions in which the Argentine urban society is immersed are analyzed from this perspective.

Key words: Multi-layered analysis, Urban de-concentration, Time and Space.

Introducción

El tema de las posibilidades prospectivas de las ciencias sociales fue siempre un asunto espinoso. Al respecto, José Nun escribe: *“Como se sabe, es muy poco lo que se puede decir válidamente acerca del futuro desde el campo de las ciencias sociales: las leyes de causalidad que a veces invocamos suelen ser meramente estadísticas; nuestras explicaciones acerca del pasado o del presente son demasiado parciales como para extenderlas en el tiempo en tanto razones suficientes de lo que sucederá, y, por añadidura, nuestro objeto de estudio mismo es altamente heterogéneo e inestable. Pero si nos están vedadas las predicciones, podemos formular, en cambio, conjeturas más o menos plausibles”* (Nun; 2001: 249). Se tratará aquí de aportar a la cuestión desde la geografía, siendo nuestra intención concreta ver hasta dónde el análisis del proceso de urbanización de la última mitad del siglo XX en nuestro país es capaz de ofrecer algunas claves para pensar la dirección probable que puede tomar de manera “más o menos plausible” el escenario –que en este caso es decir también el territorio– en el cual se desplegará el

desarrollo político futuro de las ciudades argentinas. Debemos, no obstante, advertir que nuestro objetivo no es establecer escenarios prospectivos propiamente dichos, sino, mucho más modestamente, acercar un plano de análisis que pueda ser útil a ese fin sin que el mismo quede librado a la pura imaginación sociológica. En nuestro “demasiado parcial conocimiento acerca del pasado y del presente” nos parece que hay sin embargo algunas pistas objetivas que pueden detectarse desde un análisis de la geografía social de las ciudades, que deberían por lo menos ser atentamente consideradas a los fines de una prognosis sobre la cuestión aludida. Para ello no abundaremos sobre la creciente segregación socioespacial que efectivamente conocieron las ciudades argentinas durante las últimas décadas, sino que más bien apuntaremos a reconocer ciertas dinámicas económicas y demográficas que presenta el sistema urbano argentino (o sea el conjunto de sus ciudades) y que, creemos, introducen condiciones fuertes para una nueva evolución de la sociabilidad política y, por lo tanto, para la gobernabilidad general de la sociedad.

A tal fin proponemos recurrir a una serie de análisis que, a diversas escalas, articulen los espacios locales con las tendencias que se desarrollan en el territorio más amplio del país. Creemos que esto ayuda a abrir algunas vías, siempre endeble ya sabemos, para prospectar las condiciones en las que se desenvolverá la gobernabilidad democrática, obligándonos a pensar desde los conflictos concretos los mecanismos que la garanticen. Partiremos para ello de una premisa básica general: las relaciones sociales y políticas se materializan en el territorio entretejiendo sus propias dimensiones temporales y espaciales, que se vinculan respectivamente con las nociones de duración (tiempo) y escala (espacio). El relacionamiento de estas nociones permite establecer como hipótesis que si los fenómenos sociales observados a cierta escala se corresponden frecuentemente con determinadas duraciones, se deberían poder también considerar los efectos de esas diferencialidades en la constitución de los futuros territorios: la consideración simultánea de duraciones y escalas constituiría así una plataforma válida para la prospección tendencial. Este razonamiento plantea algunas cuestiones de orden general referidas a la relación tiempo-espacio y a la síntesis explicativa de las múltiples determinaciones escalares, que serán primero presentadas aquí en abstracto y muy rápidamente (ya que, si bien no es el objetivo principal de lo que sigue, nos parece necesario introducir algunas reflexiones al respecto), para luego ponerlas en relación con la situación concreta considerada.

El escenario sociopolítico urbano de la Argentina a comienzos del siglo XXI

Para darle sentido al análisis que vamos a ensayar será necesario insertarlo primero en el campo de relaciones históricas específicas con las cuales trabajaremos. Es conveniente entonces que repasemos, aunque sea muy rápidamente, el principal conflicto social que parece estar actualmente marcando el escenario político de las ciudades argentinas. Como se recordará, la quiebra a fines del 2001 de la política monetaria aplicada para resolver la crisis de 1989 se expresó en una amplia manifestación de descontento entre dos sectores sociales. Por un lado, los desocupados de los antiguos barrios industriales –la mayoría de ellos desempleados sin haber siquiera ingresado alguna vez al mercado de trabajo–, que en esas circunstancias fortalecieron la movilización que había comenzado a organizarse con anterioridad entre los obreros expulsados de las empresas privatizadas y que se expresaba, a falta del tradicional espacio de producción, en el corte de calles y rutas: es decir, los *piqueteros*. Por otro, los sectores de clase media a quienes la salida del sistema bimonetario les hizo perder sus ahorros en dólares y los enfrentó a un futuro de inseguridad dentro de un contexto macroeconómico que amenaza condenarlos al desclasamiento: son los hoy ya un poco olvidados *ahorristas*. Unos y otros convergieron momentáneamente, haciendo salir a la calle a la clase media, tradicionalmente renuente a ello, que así se vio obligada a suspender por un momento su anterior impugnación a las entonces incipientes manifestaciones callejeras de los *piqueteros*. Pero, pasado lo más arduo de la coyuntura, la mayoría de los *ahorristas* asumieron la pérdida parcial de sus ahorros y la nueva capacidad de movilización de la clase media se canalizó hacia preocupaciones que la alejaban de sus circunstanciales compañeros. Volvieron así a oponerse a los cortes de rutas y replantearon la cuestión social en términos de “inseguridad urbana”, dentro de un reclamo por hacer volver el orden a las calles que súbitamente se les aparecieron controladas por delincuentes, vendedores ambulantes, prostitutas, piqueteros, agitadores de izquierda y todo tipo de “clase peligrosa”. Y de ese modo los *ahorristas* se hicieron *cruzados* (término que acuñamos a partir de la “Cruzada por Axel”, movimiento que reclama un mayor rigor penal y más amplia libertad policial en la represión de la delincuencia). Así se promulgó un código contravencional de la Ciudad de Buenos Aires para vigilar tanto las actividades económicas de los sectores excluidos (vendedores callejeros, mendigos, prostitutas) como las manifestaciones de los propios *piqueteros*. También se aprobaron en el Congreso nacional proyectos de mayor penalización contra la delincuencia promovidos por los líderes de esa resignificada movilización de clase media, y

por fin la llamada centroderecha ganó las elecciones parlamentarias porteñas imponiéndose en todos los barrios de la ciudad. Quedó entonces expuesta, en lo político, la fractura social que a lo largo de las últimas décadas abrió la creciente polarización de los ingresos. La pequeña burguesía argentina no es una excepción y como tal se comportó oscilando, según los momentos, entre los intereses populares y las actitudes reaccionarias, pero la rigidez que adquirió la movilidad social a lo largo de las últimas décadas diseñó dentro de esas fluctuaciones un horizonte susceptible de imprimirle al régimen democrático un sello duradero de exclusión, que lo torna necesariamente inestable en lo político y en el cual la exasperación de una clase media temerosa reviste riesgos ciertos para su propio desarrollo.

Esta inestabilidad futura probable puede, como enseguida mostraremos, agravarse a su vez por la misma dinámica demográfica de la población urbana. Su perspectiva potencialmente conflictiva se evidencia cuando se realiza un análisis multiescalar de la geografía urbana que vincule distintas escalas a distintas duraciones en el proceso de urbanización de los últimos 50 años. Se advierten así dos grandes fenómenos que estructuran el presente y el futuro de la complicada sociabilidad política descrita, cada uno de ellos a diferente escala pero inevitablemente vinculados en la unidad de la urbanización argentina: por un lado, las nuevas condiciones en el sistema urbano para la movilidad espacial de la población y, por otro, un nuevo marco espacial de reproducción económica de la mayoría de la población al interior mismo de la ciudad.

Cada uno de estos fenómenos se capta en diferentes escalas y el pasaje de una a otra es lo que permite plantear la prospectiva del horizonte territorial sobre el cual podría evolucionar aquella fractura de clases que dejó expuesta la crisis que asomó con el siglo.

Dos consideraciones previas sobre los alcances del análisis multiescalar para una prospectiva social

Sobre esas condiciones de la evolución de la sociabilidad política de la ciudad argentina actual es posible sobreimponer un análisis del marco económico y demográfico de la urbanización argentina que sirva para conjeturar los escenarios sobre los cuales se podrán desplegar aquellas tensiones que oponen a diferentes sectores urbanos. El recurso para ello consistirá en nuestro caso en articular diferentes niveles espaciales de análisis, cada uno de los cuales revela sus propios *tempos* históricos, cuyos solapamientos nos dejan un margen para proyectar algunas de las dinámicas observadas. Esta forma de encarar la cuestión tiene, por supuesto, sus límites pero también sus potencialidades analíticas,

sobre los cuales haremos un rápido comentario para precisar el alcance del razonamiento posterior. Entre las potencialidades, tal vez la más significativa tiene que ver con el hecho de que el espacio nos regresa al presente una red de diacronías que revela la génesis de un territorio, y con ello sus propios ritmos de estructuración que nos sugieren las tendencias futuras. De allí la idea de que el análisis de la estructuración social de los territorios no sólo debería servir para explicar el pasado, sino también para el ejercicio, siempre tentativo, de imaginar el futuro. Así, confrontar el espacio con los múltiples *tempo*s que lo afectan supone necesariamente desplegar el territorio bajo análisis en una serie escalar, relacionando cada variable hoy presente con sus propias temporalidades.

La primera proposición general que puede hacerse en línea con lo que acabamos de afirmar –y que nos va a ayudar en la interpretación de los datos que haremos en la sección siguiente– es que a mayor escala, mayor también –por lo general, ya que no siempre– es el tiempo que necesita un proceso para precipitarse en el espacio¹. Las transformaciones de los territorios más extensos *tienden* a aparecer en tiempos más dilatados y en consecuencia, e inversamente, las escalas menores son más a menudo adecuadas para observar los cambios que ocurren de manera más rápida y que en algún momento son susceptibles de afectar a las escalas más vastas. Por lo tanto, las secuencias temporales tienen ritmos circunscribibles en diferentes escalas espaciales, lo que ofrece una perspectiva del espacio que va más allá de las épocas pasadas y puede proyectarse al futuro. Con esto queremos subrayar que al hacer jugar diferentes escalas espaciales también modificamos la aprehensión de los ritmos que afectan a los fenómenos bajo estudio, lo que nos permite establecer por adelantado la velocidad con que coevolucionan diferentes elementos de un sistema. Recurrir a un análisis temporal del territorio a diversas escalas parece entonces uno de los posibles procedimientos para prospectar el futuro de las relaciones sociales.

Pero vincular dinámicas históricas y organizaciones territoriales, requiere de algo más que de un procedimiento adecuado: necesita también alcanzar ese nivel de análisis de la totalidad que dé pertinencia a la tendencia proyectada. Si cada escala da cuenta de un fenómeno diferente, es necesario que la unidad del territorio permita recuperar en un todo coherente lo que sólo está separado analíticamente; de otra manera, no habría prognosis. Así como hay una pertinencia de cada escala para estudiar cada fenómeno, y necesidad por lo tanto de recurrir a los cambios en la misma, hay también necesidad en algún momento de negar esa fragmentación para captar el sentido de los procesos y explicar sus más probables proyecciones generales. Con el cambio de escala aparecen aspectos inadvertidos que plantean nuevos órdenes de hechos, pero el sentido último de la recuperación de esa complejidad reside en la posibilidad de situar el objeto de la indagación en las relaciones generales de la totalidad en la cual se inscribe.

Esto, por supuesto, trasciende las posibilidades estrictas del análisis interesalar pero es una necesidad que el mismo tiene para el objetivo que nos planteamos. Bernard Lepetit, al referirse justamente a las escalas en la historia, da sin embargo una pauta que parece válida para superar ese punto: “*La cuestión no es saber cómo articular formas parciales de explicación, sino cómo proporcionar una explicación total de la forma parcial considerada*” (Lepetit, 1996: 89). Pero si la síntesis que da sentido al análisis de los fenómenos observados a distintas escalas debe referirse a una totalidad (sistema) social, y si aceptamos que la misma está compuesta de relaciones (intereses) contradictorias, tendremos que admitir que esa totalidad no sólo estará dada por la consideración de cada una de las escalas y variables intervinientes sino también, y sobre todo, por el modelo general de interpretación del propio investigador. Es un viejo tema conocido, del cual, en la medida en que nosotros no nos internaremos en la elaboración propiamente dicha de los escenarios prospectivos, saldremos (eso esperamos) ilesos; de cualquier manera, se trata de una cuestión que parece importante recordar en el marco de nuestra propuesta y de una ulterior aplicación. No obstante, por el momento, lo que nosotros queremos es solamente, a partir de las observaciones de ciertos hechos, abrir la perspectiva para esas interpretaciones.

El análisis multiescalar de la sociedad urbana argentina²

Una serie multiescalar es un producto metodológico acorde a la construcción de un problema territorial concreto. Hay, sin embargo, en todo campo temático específico un uso más o menos generalizado de ciertas categorías que, si bien pueden tener algún sesgo empirista (principalmente por la manera en que están disponibles los datos en las oficinas de producción de información), también corresponden a la naturaleza –más o menos teorizada– del problema, o al grado de conocimiento alcanzado. Así, al tratar el espacio social urbano, nuestra serie no diferirá sustancialmente de los objetos territoriales más importantes reconocidos por los estudios urbanos, en particular por la geografía. Para nuestro análisis, reducido al espacio nacional argentino, serán cuatro las escalas, desde el *sistema urbano* hasta el *lugar* de las principales *aglomeraciones* de la *región urbana* del país. Los respectivos pasajes mostrarán cómo a cada una corresponde una temporalidad específica, y un conjunto propio de variables significativas, lo que introduce un determinado orden para pensar las condiciones en que puede desenvolverse el escenario futuro de la gobernabilidad democrática del país.

Se ha podido observar que a partir de mediados del siglo XX se produjo una desconcentración de la población urbana de la Argentina que hizo au-

mentar el peso del conjunto de las ciudades intermedias; lo que si bien no modificó la fuerte primacía del sistema urbano, introdujo una reversión en la tendencia de largo plazo. Además, a partir de esa misma época se constituye una suerte de gran región urbana que engloba diferentes aglomeraciones próximas entre sí, siendo las principales el Gran Buenos Aires (en adelante GBA), Gran Rosario y Gran La Plata; llamaremos a este conjunto geográfico, que se extiende a lo largo de las dos últimas metrópolis mencionadas, Frente Urbano Industrial (en adelante FUI). Estas son en principio las dos mayores transformaciones geográficas que conoce el sistema urbano en la segunda mitad del siglo pasado y que nos interesa retener en nuestro análisis.

El tema de la desconcentración urbana de nuestro país ha sido ya suficientemente tratado, ya que por lo menos desde mediados del siglo XIX no se observaba una reducción de la primacía (Lattes y R. de Lattes 1992; Vapñarsky 1995; Lattes 1998). En efecto, el censo de 1980 arrojó por primera vez un cociente entre el GBA y la segunda aglomeración del país inferior al observado en un censo inmediatamente anterior. Esta disminución en la distancia demográfica que separa al GBA de la segunda ciudad (GBA/2da) se acompañaba también de un descenso de su contribución al sistema, tendencia esta última que ya podía observarse con anterioridad a dicho censo, como puede apreciarse en el cuadro que sigue y que describe la dinámica de la primacía porteña durante toda la era censal argentina.

Tabla 1: Evolución de la primacía de la aglomeración del Gran Buenos Aires, 1869-2001

Año	Peso GBA	Ip	GBA/2da.	Período intercensal	Variación inter-censal en puntos			Δp		
					Peso GBA	Ip	GBA/2da.	Peso GBA	Ip	GBA/2da.
1869	36.4	72.4	6.2	-	-	-	-	-	-	-
1895	45.3	78.6	7.5	69-95	8.9	6.2	1.2	0.34	0.24	0.05
1914	47.5	81.5	8.8	95-14	2.1	2.9	1.3	0.11	0.15	0.07
1947	47.0	80.2	9.3	14-47	-0.5	-1.3	0.5	-0.02	-0.04	0.02
1960	46.8	80.5	10.3	47-60	-0.1	0.3	1.0	-0.01	0.02	0.08
1970	45.8	80.1	10.4	60-70	-1.1	-0.4	0.1	-0.11	-0.04	0.01
1980	42.9	79.6	10.1	70-80	-2.9	-0.5	-0.3	-0.29	-0.05	-0.03
1991	39.7	78.4	9.2	80-91	-3.2	-1.2	-0.9	-0.29	-0.11	-0.08
2001	37.1	78.1	8.8	91-01	-2.5	-0.2	-0.4	-0.25	-0.02	-0.04

Fuente: Elaboración propia.

Para los censos de 1980 en adelante se consideró como GBA a la localidad contigua. Para la elaboración de estos indicadores se tomaron las fuentes siguientes: para las cuatro primeras aglomeraciones (Ip), hasta 1980 Vapñarsky y Gorojovsky, pp. 37,44 y 59; para los años restantes, los Censos Nacionales de Población. Para el total urbano nacional hasta 1914, Lattes, A. y R. de Lattes, Z., p. 118; para los de 1947 y 1960, Vapñarsky (1968) y para los restantes, los Censos Nacionales de Población. El indicador Δp – cociente de las variaciones en puntos (unidades de factor para GBA/2da. y porcentuales para el resto) respecto a los años del período intercensal– muestra por su signo, que es igual al de la variación, la dirección de la tendencia; y por su valor, el ritmo anual intercensal de la misma tomada linealmente, lo que se corrigen así las diferentes duraciones intercensales.

Por lo tanto, la caída del peso del GBA (que, como ya veremos, comparte también con el FUI) no fue resultado de la crisis del modelo de sustitución de importaciones (como a veces se afirma) sino, por el contrario, el producto de la reorientación espacial de las inversiones públicas y privadas que, tal como lo notaron algunos autores (Vapñarsky y Gorojovsky; 1992), podría remontarse por lo menos hasta la década de los '50.

Ya, por lo pronto, si la disminución de la primacía –así calculada– se observa en el censo de 1980 y es incluso posible vislumbrar una desaceleración de su incremento en el período intercensal 1960-70, es obvio que la misma no puede ser resultado de la crisis de desindustrialización que, si bien se inicia con las políticas económicas de mediados de los '70, no alcanza a expresarse de manera generalizada hasta la década siguiente. Si por fin se calculase el peso del GBA entre las cuatro primeras grandes aglomeraciones del país en los diferentes años censales, también se vería, tal como aparece en el mismo cuadro, cómo el mismo disminuye ya en 1970, pasando de un 80,5% que ostentaba en 1960 a 80,1%; por supuesto, esa caída seguirá en los censos posteriores.

Sin embargo, esto último resulta significativo, ya que si el modelo económico que produjo la tendencia se liquidó entre los años '70 y '80, podríamos preguntarnos por qué no se observó también un cambio en ese patrón de distribución espacial e, incluso, por qué se alcanzan los mayores valores en la desconcentración demográfica urbana después de esos años. Se puede seguramente hacer mención a la desindustrialización simultánea a políticas como los sistemas de promoción industrial en provincias marginales, que se aplicaron sobre todo en los años '80. Políticas que tornaron menos atractivas para las migraciones las ciudades del FUI al tiempo que eran captadas por aquellas provincias. No obstante, pareciera que este factor no podría por sí

solo explicar la dimensión del fenómeno. En realidad, haciendo referencia ahora a las relaciones que más particularmente nos interesan entre las dimensiones espaciales y temporales, lo que habría estado sucediendo es un desfase entre ambas escalas (espaciales y temporales), sobre todo si sostenemos aquello de que los procesos que afectan a espacios más vastos (en este caso, el sistema urbano nacional) requieren de tiempos más largos, lo que introduce una suerte de efecto de inercia, fenómeno en absoluto desconocido en muchas de las cuestiones que estudia nuestra disciplina. Y de hecho, también podrían interpretarse políticas como la mencionada (de promoción industrial en las provincias) como una readaptación (en este caso, para beneficiar a ciertos grupos económicos al momento de desatarse la crisis del modelo industrial) de un estilo de desarrollo anterior al modelo que entra en vigencia a partir de mediados de los '70; después de todo, la promoción industrial fue una estrategia propia del modelo de sustitución, progresivamente abandonada hacia finales de los años '80 y liquidada en los '90. En suma, las características principales que presenta la geografía urbana del último cuarto del siglo XX (desconcentración de la población como efecto de la difusión territorial de las inversiones urbanas y consolidación de una región urbana industrial) no están directamente vinculadas con la orientación que por lo esencial tomaba en ese momento el modelo económico, y son por lo tanto efecto de una tendencia más "pesada" que se había venido forjando con anterioridad. La pregunta entonces es: ¿puede el cambio de modelo económico que se produjo hace tres décadas introducir en algún momento una modificación en esa tendencia? De hecho, los datos del censo de 2001, si bien todavía muestran que la desconcentración continúa, introducen una modulación en este sentido, ya que tanto si se observa la dinámica en la distancia demográfica que viene separando al GBA de la segunda aglomeración, como la que hace a la evolución de su peso entre las cuatro primeras ciudades del país o en el conjunto de las ciudades del sistema, siempre aparece una desaceleración de la tendencia. Tal comportamiento se debe, seguramente, en parte a la disminución de la brecha del crecimiento vegetativo entre el GBA y el resto del país, pero también, como tendremos enseguida oportunidad de ver, a algunas modificaciones que aparentemente podrían estar dándose en el direccionamiento de las migraciones.

Sería muy arriesgado afirmar sólo a partir de estos datos que se está abriendo un nuevo período de reorganización espacial del territorio nacional con una redistribución demográfica distinta de la anterior y acorde al cambio de modelo económico que comenzó tres décadas atrás. Pero la hipótesis, en tanto que tal, no puede ser todavía rechazada en la medida en que es coherente con las premisas teóricas que hemos presentado más arriba. Llegados

a este punto, es interesante cambiar de escala y focalizar la atención sobre el otro fenómeno mayor mencionado, el FUI. En principio deberíamos detectar aquí una mayor rapidez en la cristalización territorial del proceso económico mencionado y, por lo tanto, el esbozo al menos de esa tendencia posible a la reorganización del modelo de distribución del espacio demográfico. En realidad, tal tendencia no aparece diseñándose (al menos aún) netamente. En parte esto tal vez se deba a una característica singular, en lo que a esta cuestión se refiere, de la formación de la región. Si bien el FUI participó en cierta forma –forma si se quiere indirecta, como enseguida veremos– del proceso de desconcentración general de la población del sistema urbano nacional, hay que señalar que estuvo lejos de ser su componente principal. El considerable tamaño de la región hubiese muy bien podido ser el sostén de dicha tendencia, haciendo de suerte que la desconcentración de la población urbana se condensara principalmente en ella y dando lugar así a una desconcentración territorial a la sazón espacialmente limitada. Pero las cosas no ocurrieron realmente de ese modo: si en 1947 la Capital Federal, los partidos bonaerenses y los departamentos santafesinos que luego conformarían lo que aquí hemos definido como el FUI³ concentraban el 56,4% de la población urbana del país, a partir del censo siguiente esa cifra disminuirá constantemente hasta alcanzar el 45,2% en 2001. Por supuesto incide aquí el enorme peso del GBA en el FUI –alrededor del 80% de la población urbana– pero si se lo descontara, se observaría que el resto de la región mantuvo su participación estable en la población urbana nacional, pasando del 9,8% en 1947 al 9,9% en 2001. Es decir que el proceso de desconcentración que afecta al conjunto del sistema se jugó esencialmente en el resto del territorio, dentro del cual pesa considerablemente la dinámica de expansión demográfica de la Patagonia, cuya contribución a la población urbana nacional pasó de 1,1% a 4,8%, pero que, como vemos, tampoco lo explica totalmente. Es decir que, aun siendo la formación del FUI uno de los fenómenos mayores de la geografía urbana de la segunda mitad del siglo pasado, su vinculación con el otro (la desconcentración) no es directa y en tanto esto es así no sorprende que, como señaláramos más arriba, no aparezca (al menos aún) una contribución de la región a un eventual cambio en el patrón de distribución espacial de la población urbana.

Sin embargo, no sería correcto suponer que porque un fenómeno (la formación del FUI) no está causalmente implicado en el otro (la desconcentración demográfica) no existe ninguna relación entre ellos. El FUI, que hoy alberga alrededor de los dos tercios del empleo industrial, se fue articulando en tanto tal desde mediados de los '50 o principios de los '60 en torno al imperativo de integración industrial del modelo desarrollista que sostuvo el proceso

de sustitución de importaciones, que es la matriz que tiene en común con el fenómeno observado en la escala mayor. Al cerrarse este modelo, lo que se registra inmediatamente en la región, antes que cualquier efecto demográfico, es el colapso de antiguas características de la producción y, en la medida en que pueda hablarse de reemplazo, su relevo por nuevas formas. En este sentido, lo que nos parece más relevante de subrayar para nuestro propósito es el progresivo reemplazo de lo que llamaremos el modelo de “cadena de montaje (relativamente) autocentrada” por el de “subcontratación extrovertida” que acompañó a la rápida apertura del mercado interno que trajo consigo la quiebra de amplios sectores del aparato industrial. Más allá de la menguada eficacia del modelo anterior, la voluntad de una política de integración industrial se reflejaba en la organización del FUI como si éste fuera efectivamente una gran cadena de producción industrial donde los eslabones (es decir las empresas), a menudo sostenidos directa o indirectamente por el Estado, se ligaban entre sí con el objeto de obtener un producto que se consumía casi completamente en el mercado interno. Esto daba a la región una cierta coherencia hilvanada por la más o menos exitosa gestión pública de la mayoría de los servicios logísticos (puertos, estructuras de almacenamiento, líneas de transporte, producción y distribución de energía, etc.), que a su vez repercutían por diferentes vías en el desarrollo del tejido residencial. El nuevo modelo busca, en cambio, diferenciarse fuertemente de este estilo tratando de que las mayores empresas industriales orienten su crecimiento económico hacia el mercado externo. Más allá del escaso éxito que pudo haberse obtenido hasta ahora, la estrategia impacta sin embargo en la organización territorial de la región: por un lado, desaparece todo un sector productivo de reducida escala de producción que no logra competir, con la consiguiente secuela de desocupación (lo que, como veremos, obliga a replantear los términos de la construcción del espacio residencial popular); y por otro lado, la privatización y la gestión descentralizada de los servicios a las actividades económicas y urbanas en general rompen la continuidad de aquella cadena e introducen una acentuada segmentación del territorio tanto en los aspectos económicos como en los sociales.

Todo esto impacta particular e inmediatamente en la menos extensa de nuestras escalas espaciales de análisis, la de la geografía de los “lugares urbanos”. Pero entre la región (el FUI) y dichos “lugares” es posible extraer antes una escala intermedia, en la cual sí comienzan a delinearse algunos, por ahora sólo sugerentes, procesos de distribución de la población en el sentido teóricamente esperable (como probabilidad, claro está).

Para explorar esta escala, aquí nos detendremos sólo en los comportamientos del GBA y sobre todo del Gran Rosario, principales aglomeraciones del Frente que permiten detectar patrones evolutivos que no se observaban en las escalas anteriores, aun si son coherentes con sus tendencias, tanto en lo económico para la regional como en lo demográfico para la nacional. Al ganar en detalle, se encuentra una mayor complejidad que reclamaría, por supuesto, instrumentos específicos a la escala –competencia de una geografía regional cuya pertinencia ya aparecía lógicamente en la escala anterior–, que proporcionarían las claves para comprender mejor la forma concreta de aquellas tendencias. No obstante, en el plano de las cuestiones que ahora nos interesan, queremos subrayar que en esta escala se detectan, por un lado, una mayor simultaneidad entre los planos histórico y geográfico, y por otro nuevas pautas que permiten volver a hipotetizar sobre la probabilidad de cambios en las tendencias evolutivas a nivel del sistema urbano nacional.

En este sentido resalta el comportamiento singular del Gran Rosario y de Rosario propiamente dicho en particular. Si bien la redistribución de la población urbana al interior del FUI se hizo a lo largo del período más en beneficio de los distritos bonaerenses exteriores al GBA tomado en su conjunto que para los santafesinos (que reunidos se mantuvieron con una participación relativamente estable), es notable cómo hasta 1970 estos últimos van cediendo en su contribución, al pasar del 9,5 al 8,7% de la población regional, para alcanzar luego, en 1991, el 9%. En el 2001 ese valor es de 8,8%, pero es probable que exista un subregistro significativo y que la metrópoli santafesina haya mantenido su proporción relativamente estable. Como fuese, esta recuperación demográfica de Rosario –particularmente, ya que Constitución y San Lorenzo sumados no habían variado– en el penúltimo censo merece una consideración, tanto más que la metrópoli rosarina, que por entonces ya había sido desplazada del segundo lugar en el sistema urbano por Córdoba, fue una de las aglomeraciones más dramáticamente golpeada por la desindustrialización y la desocupación (Rofman; 1997). A pesar de ello, se constituyó en un centro de atracción migratoria. Esto puede en parte explicarse por el dinamismo de la actividad sojera de la región –síntoma de la reprimarización del nuevo modelo económico– pero existen seguramente otros factores mucho más sugerentes para reflexionar sobre las perspectivas del crecimiento del conjunto del sistema urbano en un futuro probable. Tanto la crisis de la agricultura familiar de la región que acompañó a la expansión sojera (Piccinini; 2003), como la aún más dramática que sufrió la región vecina del NEA, así como las gestiones municipales socialistas que ya desde finales de los años '80 llegaron a la ciudad para dar respuesta a las necesidades asistenciales de la población, son factores que deben haber jugado por lo menos tanto o

más que las nuevas actividades de exportación, y pueden perfectamente estar prefigurando nuevos comportamientos migratorios que vayan en el sentido de una probable reconcentración para el conjunto de la red urbana, tendencia que concordaría con la desaceleración ya señalada en la caída de la primacía de Buenos Aires.

Indicios, en este sentido, no faltan. Algunos autores (Lucero; 2003) muestran que habría aumentado la cantidad de provincias con saldos migratorios negativos en el último período intercensal; si bien la autora coloca en primer lugar el efecto de la emigración internacional, no se puede descartar que junto a ello también se esté empezando a dar una suerte de “sucesión migratoria” que haría que una parte de la población que sale de las grandes aglomeraciones hacia el exterior del país sea reemplazada por otra proveniente del interior⁴. Otros, ya en la década de los ‘90 alertaban sobre la redinamización posible de las migraciones internas con probabilidad de reorientarse hacia la metrópoli nacional, recurriendo a antecedentes observados en el continente y a la respuesta diferida que caracteriza a las migraciones respecto de los ciclos económicos regionales (Reboratti; 1993). O aun hubo quienes afirmaron que esas migraciones ya se estaban dirigiendo hacia los principales aglomerados como Gran Córdoba, Gran Mendoza, Gran Rosario y, por supuesto, Gran Buenos Aires (Montoya y Perticará; 1995). Otros, por fin, analizando la evolución del empleo industrial –lo que interesa a nuestro asunto en tanto se agrega como otro eventual factor que podría inducir la reconcentración demográfica– entre los censos económicos de 1985 y 1994, señalaban que, en un contexto de generalizado retroceso del mismo, su peso se incrementaba en la metrópoli nacional (Borello y otros; 2000).

Así, tal como se puede apreciar, esta escala más reducida que la del FUI permite ya observar algunos incipientes comportamientos sociales (demográficos y también económicos) que están respondiendo sobre el plano territorial con mayor velocidad, si se la compara con las escalas anteriores, a las transformaciones de las últimas décadas del modelo macroeconómico. Bajar al interior de la aglomeración –a lo que reconocemos como el “lugar”– nos llevaría por fin a percibir una mayor adherencia de la distribución espacial a la dinámica temporal y a darles también encarnadura a las transformaciones sociales de la fase de transición en la que se encuentra la región que contiene estas ciudades. El análisis que a esta escala nos interesa es en consecuencia más propiamente sociológico que demográfico, pero el sentido que su descripción arroja para un ejercicio prospectivo sólo toma su carácter particular cuando se lo inscribe en los procesos a mayor escala que hemos venido detallando.

La casa y la calle, como sitios separados del espacio de producción, fueron siempre políticamente presentados como los lugares urbanos que correspondían, la primera, al espacio privado de las familias, y la segunda, al espacio público de los vecinos en particular y de la comunidad de ciudadanos en general. Por su parte, la empresa, la fábrica, la oficina, constituían el espacio de las clases sociales y de sus cruciales conflictos para el sistema; donde por otro lado, ni la propiedad ni las decisiones son ni pueden pretender ser familiares (salvo, claro está, para sus propietarios) o públicas. Esta separación entre los territorios de la producción –la empresa–, de la reproducción de la fuerza de trabajo –la casa– y de la “civilidad” –la calle–, sostiene, en la concepción dominante, a la ciudad y a su “comunidad ciudadana” como un espacio de interacción que debe trascender los conflictos de clase que, a lo sumo, encontrarían su legítimo lugar en el ámbito cerrado de la empresa; de allí la “condena democrática” a las concepciones clasistas que “toman la calle” y que se tornó tan frecuente en los medios de comunicación en estos últimos años. Pero la expresión de estos clivajes espaciales se ha ido desdibujando en las ciudades argentinas y la calle es cada vez menos el espacio de convivencia de “ciudadanos abstractos” que conforman la *polis* para ser el lugar donde las más diversas formas de subsistencia económica –en los intersticios o incluso al margen del mercado– se fusionan con la (no) habitación de los que no tienen techo. De ese modo se vuelve a reunir lo que el imperio del asalariamiento había en algún momento separado, o sea aquello que estaba antaño amalgamado en el ámbito doméstico haciendo de la casa lugar de consumo y al mismo tiempo de producción; sólo que ahora la pauperización instala esa unidad en el espacio público de la calle. Al mismo tiempo, esa misma calle emerge como el escenario de los pauperizados que, por su parte, reclaman directamente a la *polis* la garantía de una mínima subsistencia. Una situación que, pudiendo concebirse como menos escandalosa que la anterior, despierta sin embargo la reacción de los sectores medios –y sobre todo de los medios que responden a determinados sectores– que no entienden cómo la reunión doméstica de la producción y del consumo no se refugia en el ámbito privado, que es el propio de la familia, y se aleja definitivamente del espacio público. Una alternativa que, en la conjugación de la concentración económica del mercado con la despatrimonialización de las familias obreras, deviene progresivamente irrealizable a pesar de los esfuerzos que a veces parecen intentarse o, más a menudo proclamarse, desde las políticas de promoción de la “economía popular”.

Al tiempo que esto se constata, la mirada en esta misma escala registra también las nuevas formas de consumo ostentoso de los sectores más afortunados de aquellas clases medias, que reeditan así un paisaje urbano de

contrastes que viene caracterizando desde hace ya mucho a las otras grandes ciudades del continente (*shoppings*, *countries* y toda suerte de servicios diferenciales). Esa simultaneidad de fenómenos sociogeográficos se reflejó a su vez en las plazas de la ciudad, que fueron el escenario compartido de las manifestaciones de *cruzados* y *piqueteros*, y también de los que, al ser expulsados de las relaciones directas de la explotación capitalista, no tienen cómo refugiarse en un espacio privado de producción doméstica. Resta saber, por supuesto, lo principal: qué evolución política puede albergar la participación de esos sectores, a veces larvadamente enfrentados, en ese escenario urbano común. En todo caso, la observación del espacio social que hemos realizado permite al menos señalar que, desde el análisis del proceso de urbanización del último medio siglo pasado, es posible cerrar una suerte de gran “bucle” interescalar que muestra la conjunción espacial de la desesperación de los marginados y la movilización de desocupados con los temores de los honestos ciudadanos de clase media, y que se inscribe sobre lo que podría llegar a ser el nuevo telón de fondo que estarían diseñando unas formas aún incipientes de movilidad espacial, que anticipan, como vimos, una posible reconcentración urbana. Sin embargo, aun en lo referido a esto último sólo se trata de llamar la atención sobre lo que por el momento son sólo indicios, y bien podría suponerse que el desarrollo en aquellos años de ciudades de tamaño intermedio podría llegar a constituir una escala que absorbiese la tendencia a la reconcentración metropolitana, tal como de hecho lo mostraría el ejemplo de Rosario. Como fuese, lo cierto es que casi seguramente el desarrollo que conoció la sociedad lleva a reencontrar situaciones comparables, aunque siempre peculiares, en la escala del “lugar” de las principales ciudades del país; y, en los distintos escenarios que puedan llegar a plantearse desde la geografía social, permanece más o menos invariable la problemática relación que para la gobernabilidad democrática significa la transformación de la estructura de clases y sus consecuentes efectos en la sociabilidad política. Siempre deberá contarse con ese factor de conflicto estructural; sin embargo, las diferentes alternativas espaciales que pueden construirse partiendo del análisis multiescalar aportan ciertamente matices que no podrían ser eludidos en ninguna prospectiva política.

Conclusión

La tesis hasta aquí desarrollada a partir de las consideraciones espacio-temporales que permite el análisis multiescalar puede resumirse de la siguiente forma: la evolución de la concentración de la población y de la primacialidad

(o sea, el fuerte peso de la metrópoli nacional) de su sistema urbano es la escala “macro” (de larga duración y de gran viscosidad) de nuestro análisis que, al ser puesta en relación con la emergencia de nuevas formas de sociabilidad que modificaron la vida cotidiana de las poblaciones urbanas (o sea, ahora, la escala “micro” de corta duración y de gran fluidez), supone, mediante un posible cambio de ciertos patrones de la movilidad espacial hasta ahora dominante, un cambio y una reconexión de escalas que posibilita pensar los escenarios más probables sobre el futuro político de las ciudades y de su gobernabilidad.

La focalización en escalas cada vez más reducidas nos fue acercando no sólo a una identificación más detallada de los acontecimientos sino también a una temporalidad más fluida, en la cual los fenómenos espaciales observados reconocían causas históricas más inmediatas. Las escalas espaciales más amplias no desaparecían por ello, y de ese modo el análisis multiescalar permitía que a cada cambio de escala la cuestión propia de la nueva escala considerada tomara su significación particular en el marco de las restantes. Pero la identificación de diferentes *tempos* para las cuestiones que afectaban a cada escala permitió también reconocer en las más vastas los horizontes temporales en los cuales se inscriben los avatares de las más reducidas, y en esto reside la posibilidad de establecer conjeturas sobre las direcciones que eventualmente puedan tomar las fases de transición en la evolución actual de la sociedad urbana argentina. Por otro lado, también se puede observar que, a la luz del proceso descrito, parece detectarse la dimensión analítica que primaría en cada escala: al menos en nuestro caso, lo más estrictamente demográfico estaría dominando en la espacialmente más vasta y temporalmente más larga de ellas, las estructuras productivas lo harían en la escala de la región, mientras que lo más directamente referido a las formas de sociabilidad se revela en las escalas más reducidas y “cortas” que son las aglomeraciones y sus lugares. Cabe no obstante advertir que la multiplicidad de los *tempos* inscriptos en la secuencia de las escalas espaciales no puede descartar lo que repetidamente ha mostrado la historia: la posibilidad de que se den procesos de corta duración que modifiquen substancialmente las dimensiones analíticas y las formas más extensas y duraderas; la reciente geopolítica mundial y la europea en particular son por demás elocuentes al mostrar súbitas rupturas que modificaron radicalmente el mapa del planeta entero.

En resumen, la variación demográfica observada en el último período intercensal puede, rigurosamente hablando, ser tanto una desaceleración pasajera de la desconcentración urbana, como una simple modulación de la tendencia o, por fin, el prolegómeno de su inflexión duradera. Pero lo cierto

es que, a la luz de lo que sucede en la cotidianeidad de las ciudades –y en particular de las más grandes, que son las que ofrecen mayores posibilidades a una economía intersticial de subsistencia y en donde se expresaron a su vez con mayor fuerza las más contradictorias inquietudes políticas–, sus consecuencias no serán nulas y puede lícitamente intentarse el ejercicio de imaginar los efectos que cada una de estas posibilidades acarrearía en una prospectiva de la vida democrática del país. Pareciera entonces que la elaboración de los escenarios futuros de la evolución política que tome la actual fractura de clase que conocen las ciudades argentinas –sobre la cual nos hemos detenido antes de desplegar nuestro análisis multiescalar– no podría dejar de considerar estas condiciones de análisis, con sus escalas espaciales y sus cadencias temporales.

Bibliografía

- AZPIAZU, Daniel (2005) *Las privatizadas. Ayer, hoy y mañana*. Buenos Aires, Capital intelectual.
- BORELLO, José, VIO, Marcela y FRITZSCHE, Federico (2000) *La geografía de la industria en la Región Metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- LATTES, Alfredo y de LATTES, Zulma R. (1975) *La población de Argentina*. Buenos Aires, INDEC.
- LATTES, Alfredo y de LATTES, Zulma R. (1992) “Auge y declinación de las migraciones en Buenos Aires”. En: JORRAT, Jorge y SAUTU, Ruth, *Después de Germani*. Buenos Aires, Paidós.
- LATTES, Alfredo (1998) “La redistribución interprovincial de la población de la Argentina y sus componentes demográficos entre 1960 y 1991”, *III Jornadas argentinas de estudios de la población*, Buenos Aires, AEPA.
- LEPETIT, Bernard (1996) “De l'échelle en histoire”. En: REVEL, J. (comp.) *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*. París, Gallimard/Senil.
- LUCERO, Patricia (2003) “Nuevos patrones de distribución de la población en la Argentina al final del siglo XX”. *Revista Universitaria de Geografía*, vol. 12, N° 1 y 2. Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur.
- MONTOYA, Susana y PERTICARÁ, Marcela (1995) “Los migrantes de países limítrofes en los mercados de trabajo urbanos”. *Estudios N° 75*. Córdoba, IIERAL– Fundación Mediterránea.

- NUN, José (2001) *Marginalidad y exclusión social*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- PICCININI, Daniel (2003) “Sobre los cambios socioagrarios en el área argentina de la Cuenca del Plata”. En: *50º Aniversario del Profesorado en Geografía en la Universidad Nacional de La Plata*. La Plata, Departamento de Geografía, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.
- REBORATTI, Carlos (1993) “Migraciones y mercados de trabajo en la Argentina”. En: *El libro blanco sobre el empleo*. Buenos Aires, Ministerio de Trabajo.
- ROFMAN, Alejandro (1997) *Convertibilidad y desocupación en la Argentina de los '90*. Buenos Aires, CEA-CBC-UBA.
- VAPÑARSKY, César (1968) *La población urbana argentina*. Buenos Aires, Editorial del Instituto.
- VAPÑARSKY, César (1995) “Primacía y macrocefalia en la Argentina: la transformación del sistema de asentamiento humano desde 1950”. En: *Desarrollo Económico* vol. 35, N° 138. Buenos Aires, IDES.
- VAPÑARSKY, César y GOROJOVSKY, Néstor (1992) *El crecimiento urbano en la Argentina*. Buenos Aires, GEL.

Notas

¹ A fin de facilitar la lectura, utilizaremos aquí los adjetivos para las escalas espaciales “mayor”, “menor”, “grande”, “pequeña”, a la inversa de lo que es la tradición entre los geógrafos que, como se sabe, las califican de acuerdo con su representación cartográfica.

² Esta sección retoma parcialmente conceptos vertidos en un capítulo de un trabajo mucho más amplio, actualmente en prensa y titulado: “Espacios urbanos y tiempos sociales: las dinámicas del pasado en los dilemas futuros de la geografía social de las ciudades argentinas”.

³ Se incluyeron dentro del Frente Urbano Industrial los siguientes distritos de las provincias de Buenos Aires y Santa Fe: Capital Federal y Partidos del Gran Buenos Aires, La Plata, Berisso, Ensenada, Rosario, Constitución, San Lorenzo, Brandsen, Cañuelas, San Vicente, Marcos Paz, Gral. Rodríguez, Luján, Mercedes, Pilar, Exaltación de la Cruz, Escobar, Campana, Zárate, Baradero, San Pedro, Ramallo y San Nicolás.

⁴ En este sentido, aunque muy cautelosamente, es interesante resaltar algunos datos censales. Así, aunque el INDEC advierte que la cifra puede estar afectada por declaraciones incorrectas, la proporción de migrantes internos entre 1991 y 2001 pasó en la Capital Federal de 22,7% a 35,3%, mientras que en 1980 era de 23,7%, lo que significa un aumento absoluto de alrededor de 30 mil personas nacidas fuera del distrito; lo que, y esto es importante remarcarlo, habría sucedido mientras la ciudad perdía población con respecto al censo anterior (aunque, según advierte el INDEC, al menos parte de esa diferencia sería atribuible a fallas en la cobertura censal). Si bien debemos retener las precauciones referidas a la validez del dato, es también interesante notar, al mismo tiempo, que si entre 1980 y 1991 la proporción en todo el país de nacidos fuera de la provincia donde residen había caído de 22,6% a 19,5%, esa cifra en 2001 se mantuvo prácticamente estable al rondar el 20%. Esto podría estar mostrando una inflexión hacia la reactivación de las migraciones internas, parte de las cuales tal vez se estarían dirigiendo hacia las aglomeraciones más importantes, lo que no impide que las mismas también puedan, por otro lado, perder población con destino al exterior del país. En todo caso, y para nuestro propósito, estos datos, si bien parciales, se relacionan significativamente con lo que se observa en la evolución de la distribución de la población urbana.